LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 440

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BALCÓN, cuadro de Lancerotto, grabado por Baude

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN EL BALCÓN

cuadro de E. Lancerotto, grabado por Baude

Venecia es para los artistas manantial inagotable de belleza. Su historia, rica en hechos gloriosos y en acontecimientos dramáticos; sus antiguas costumbres, propicias á las aventuras misteriosas en las que el amor y la venganza desempeñan los principales papeles; sus monumentos, resto de un inmenso poderío y de una civilización brillante, todo subyuga al que, rindiendo culto al arte, acude á la ciudad de las lagunas en busca de inspiraciones. Mas no se crea que sólo estos recuerdos de la antigüedad ofrecen ancho campo al genio artístico; hay todavía en Venecia una cosa que ni ha desaparecido con aquellas costumbres y aquella historia, ni como los monumentos acusa la mano destructora del tiempo: nos referimos á la hermosura de sus mujeres, tipo perfecto de esa belleza que únicamente se encuentra en los países meridionales y en las razas por cuyas venas circulan algunas gotas de la ardiente sangre africana.

En el cuadro de Lancerotto que reproducimos y que está pintado con la gracia y la maestría que á propósito de *Las dos coquetas*, del mismo autor, hicimos notar en el número 407 de esta Ilustración, puede verse la confirmación de nuestro aserto; teniendo en cuenta que como la que el pintor italiano presenta, con esos ojos de fuego y de mirar provocativo, con esa boca entreabierta descubriendo entre dos rojos labios una línea de menudos y blancos dientes, con esa nariz en donde se adivina la voluptuosidad, con ese rostro de líneas perfectas, con esa cabellera abundante, negra y ondeada, y con esa actitud de abandono en todo el cuerpo; como esa mujer, decimos, son la inmensa mayoría de las venecianas.

LA CONSAGRACIÓN DEL FUEGO

cuadro de Guillermo Riefstahl

La escena ocurre en el cementerio de una aldea de los Alpes en la mañana del sábado de Gloria: en la tarde del Viernes Santo se apagaron todas las luces de la iglesia, en señal de duelo, y al día siguiente bendice el sacerdote el nuevo fuego en que se habrán de encender los cirios, y con cuyos tizones arderán las hogueras que han de atraer sobre los campos las bendiciones del cielo.

El autor de este bellísimo cuadro de costumbres alpinas nació en Neustrelitz, en 15 de agosto de 1827, y á los diez y seis años entró en la Academia de Berlín, con bien poco favorables auspicios, por cierto; pues en vista de sus escasas disposiciones para el arte, sus profesores le aconsejaron que en vez de pintura aprendiera un oficio manual. No se descorazonó por esto; antes bien, redoblando sus esfuerzos, consiguió, al poco tiempo, hacer variar de opinión á sus maestros; resultado tanto más meritorio, cuanto que Riefstahl, á la par que á sus estudios tenía que atender á los medios de subsistencia. Su primer cuadro obtuvo gran éxito en una Exposición de Berlín, y desde entonces su carrera fué una serie de triunfos que le permitieron, por de pronto, consagrarse á su pasión, el estudio del campo y de los aldeanos.

En 1869 hizo su primer viaje á Roma, y en 1870 fué nombrado profesor de la Escuela de Artes de Carlsruhe, cargo que renunció en 1873 para hacer una nueva excursión á la ciudad eterna. Dos años después era director de la citada Escuela de Carlsruhe; pero su genio artístico se avenía mal con los deberes de profesor, que cumplía con escrupulosa conciencia y que, por lo mismo, eran poderoso obstáculo á su actividad y le impedían consagrarse por completo á sus artísticas inspiraciones; así es que en 1878 abandonó Carlsruhe y se trasladó á Munich. De la estima en que aquí se le tuvo son buena prueba el hecho de que siempre fué miembro del Jurado en las Exposiciones internacionales de Bellas Artes que en la capital de Baviera se han venido celebrando y el sentimiento que produjo su muerte, acaecida en 11 de Octubre de 1888.

Entre sus principales cuadros merecen ser citados en primera línea: *El alto valle de Santis*, que fué objeto de general admiración en la Exposición Universal de Viena de 1873; *Entierro en el Passier*, *Entierro de un niño*, *Pastores del Passier rezando en el campo*, que le valió una medalla de oro y que figura actualmente en la Galería Nacional de Berlín; *Procesión de monjes en el convento de capuchinos de Merán*, que le conquistó otra gran medalla de oro; *La bendición de los Alpes*, el *Pantheon*, que pintó cuando su primer viaje á Roma y que hoy se encuentra en la Galería de Dresde, y *La consagración del fuego*, que ha sido la última obra del gran artista.

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

cuadro de C. Feudel, grabado por Bong

Entre las distintas escuelas pictóricas que hoy prevalecen en el mundo del arte, vuelve á estar en predicamento la que prescindiendo de los detalles de indumentaria y de arquitectura, reproduce los hechos históricos ó legendarios tal como al pintor le place; resultando el acontecimiento ajustado más á la idea y al sentimiento en él predominantes, que á la verdad y á las exigencias de lugar y tiempo.

Este procedimiento siguieron grandes maestros de todas las épocas, y por esta razón no puede censurarse al pintor alemán Feudel por haberlo adoptado en su cuadro *El regreso del hijo pródigo*, tomado de la conocida narración bíblica, cuyas figuras, tanto en detalle como abarcadas en el conjunto de la obra, están bien sentidas y artísticamente presentadas.

ANTES DE LA PRIMERA COMUNIÓN

cuadro de Escipión Vanutelli

¡Quién no recuerda la emoción con que se acercara por vez primera á la sagrada mesa á recibir el Pan Eucarístico, y aquella poética y solemne ceremonia embellecida por las flores que embalsamaban el ambiente, por los cirios que derramaban sus vivos destellos sobre dorados altares, por los cantos armoniosos que llenaban el aire de melodiosas notas y santificada por las plegarias que brotaban de tantos labios trémulos rindiendo gracias al Todopoderoso! ¡Quién, aun de entre aquellos en quienes al inocente fervor del niño ha sucedido el frío indiferentismo del hombre, no siente humedecidos sus ojos y conmovida su alma al traer á su memoria aquellas dulces lágrimas de una amorosa madre que cubría de ardientes besos su rostro y el emocionado semblante de un cariñoso padre que le estrechaba entre sus brazos!

Los que todo esto recuerden comprenderán cuán feliz ha estado el famoso pintor italiano Vanutelli, al reproducir este acto solemne de la vida, en que por virtud de divino misterio recibe la humana criatura el cuerpo de su Redentor. Son tantas las bellezas que el espíritu descubre en esta obra, que á su lado palidecen las muchas que el arte ha sabido poner en ella y que á los ojos del artista y del crítico forman un conjunto encantador, cuya contemplación recrea la vista, tanto como el sentimiento que las inspirara deleita el ánimo.

EN LA FERIA DEL PAIN D'EPICE

Dibujo de Vogel

Mr. Vogel ha sabido dibujar tan acertadamente el animado espectáculo de la renombrada feria que con el nombre de *Pain d'Epice* se celebra anualmente en París, que sin los artísticos toques que acusan la mano del dibujante inteligente, pudiera cualquiera creer que se trata de una fotografía instantánea. El aspecto del barracón en donde se anuncia la representación *El Noventa y tres;* los actores que se disponen á *ejecutar* el conocido drama del inmortal Víctor Hugo y los grupos que no se atreven á apechugar con el espectáculo que á son de tambor y trompeta anuncia el desgarbado *clown*, ó que más por falta de recursos que de ganas se contentan con recrearse contemplando los incitantes cartelones y los vistosos trajes y escuchando las gracias del payaso y el relato de las maravillas que saldrán á la escena, todo está tomado, y bien tomado, de la realidad misma, y da una idea exacta de la animación que en las afueras de las grandes ciudades reina con motivo de una de esas ferias populares.

LOS DESEOS DE CASIANO

Casiano era el fruto de los amores de Tiburico y de Vicenta, amores que durante catorce años fueron estériles, y que al décimoquinto produjeron un retoño tal, que más hubiera valido no visitaran ciertas aguas medicinales, casi milagrosas, Vicenta y Tiburcio. Pero fueran virtudes de las aguas, ó voluntad de Aquel que todo lo gobierna y dirige, es lo cierto que vino al mundo Casiano, y cierto es que por lo largo de su viaje, puesto que tardó quince años en venir, llegó á la tierra tan estropeado y maltrecho que necesitó el jugo de doce ó trece amas de cría, el de una robusta cabra y los continuos cuidados de sus papás.

Casiano era enclenque; sus padres le encontraban robusto como un Hércules.

Casiano era feísimo; sus papás le encontraban hermoso como un Apolo.

Era Casiano pesado y torpe de entendimiento; sus padres aseguraban que era un Merlín.

El niño Casiano era voluntarioso y de malos instintos; sus padres hacíanse lenguas de su docilidad y de sus bondades.

Era Casiano perezoso é indolente, y sus padres elogiaban su actividad y diligencia y caíaseles la baba viendo en su vástago una maravilla, un dechado de perfecciones, un conjunto de virtudes y de gracias.

Presentado el retrato de esta familia, sin gran esfuerzo pudiera cualquiera imaginarse cómo transcurrirían los años de la infancia y de la pubertad de Casiano y cuál sería la educación que recibiría.

Toda su ciencia se redujo á hacer su voluntad siempre y á ser el tiranuelo de sus padres. Mas su suerte fué tal, que los tiranizados por él, no sólo no se dieron cuenta de la tiranía, sino que con la sonrisa en sus labios, la flexibilidad de la blanda voluntad y la alegría en el alma, obedecieron y cumplieron los caprichos más extravagantes del niño.

¡Pobrecito! Era tan débil, que la menor contrariedad le hacía llorar con tal amargura que desgarraba el corazón oirle.

¡Angelito de Dios! Era tan monísimo y pedía con tal mimo lo que deseaba, que fuera preciso tener un alma de cristal de roca para no complacerle.

¡Inocente corderillo! Era tan sagaz é inteligente, que sabía ganarse cuanto pedía.

Con tales condiciones se crió Casiano muy á gusto de sus padres y sobre todo muy á gusto suyo.

Felizmente para él, sus padres gozaban de una fortuna que les permitía complacer á su tardío niño en cuanto se le antojaba, y estas complacencias hicieron que en el alma de Casiano no hubiera más que deseos, que otro había de satisfacerle, pues él carecía de toda clase de energías.

Durante los primeros años de la vida de Casiano, se manifestó éste en algunas ocasiones cruel y duro de carácter; pero afortunadamente para él y para los que le rodeaban, desapareció aquella crueldad, y no vino á quedar más que una pereza sin ejemplo y una propensión á desearlo todo. Mientras sus deseos se redujeron á dulces y juguetes, sus padres se encargaron de satisfacérselos, pero con el transcurso del tiempo fueron otros sus deseos y tuvo que renunciar á verles realizados; pues que la voluntad de sus padres era impotente para ello, y además si su deseo era grande y antojadizo, su alma era flaca y desencayada. Así que no hallando manera de alcanzar las cosas distintas y extrañas que ansiaba, no tuvo otro remedio que renunciar generosamente á ellas.

Contaba Casiano veintitantos años cuando en el espacio de muy pocos meses murieron sus padres y vino á quedar dueño de una regular fortuna que aquéllos habían creado á fuerza de trabajos y privaciones.

La suerte dió á Casiano resuelto el problema de la vida descansada; es decir, el problema de vivir sin trabajar; y á vivir sin trabajar se dedicó con toda la *actividad* del que tiene un hermoso apetito, un sueño envidiable y unas grandes ganas de no hacer nada y de descansar después de haber hecho esto.

Cuando cesó la pena que le causó la muerte de sus padres, que no fué muy grande por cierto, pues al cabo de cinco minutos de llanto ya los párpados se le caían del cansancio, y una vez caídos, le faltó fuerza para abrirlos y se durmió, se encontró Casiano independiente y sin tomarse ni aun el trabajo de acompañar á sus padres durante algunas horas, teniendo que comer con ellos, sufrir sus preguntas y otras impertinencias, no muy de su agrado.

Abandonóse, pues, á la pereza, pecado al cual era muy inclinado, como ya se ha dicho, y sin más ocupación que la de dormir desde las ocho de la noche hasta las ocho de la mañana en un lecho, y desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche tumbado boca arriba en el suelo sobre una mullida alfombra de verde y fresca hierba, y á la sombra de una copuda higuera en verano, y sobre unas blandas pieles y al sol en invierno.

Cierta tarde en que según costumbre hallábase tendido descansando de las fatigas que le había producido dormir durante doce horas entre finas sábanas, esforzábase en alejar de su pensamiento todo deseo molesto, pues era de imposible realización.

Iba ya á conciliar el sueño y habíanse cerrado sus ojos, cuando sintió sobre su frente un ligero picotazo.

Abrió asustado los ojos y vió parada sobre su hombro izquierdo una golondrina.

Quiso Casiano ahuyentarla dándola un golpecito con su mano derecha; mas la golondrina, sin hacer caso de aquella indicación algo ruda y haciéndole con su linda cabecita un gracioso y elegante saludo, le dijo con voz clara y aguda como el chillido que es propio de esta clase de pájaros:

– ¡Hola, amigo Casiano! ¿Cómo te encuentras?

Casiano abrió desmesuradamente los ojos, sorprendido al oir hablar á una golondrina.

Sin embargo, su sorpresa no fué tanta como pudiera imaginarse, pues corrían entonces los tiempos de Esopo; esto es, aquellos felices tiempos en que los animales hablaban y daban á los hombres prudentes y sabios consejos.

Pasado el primer momento de sorpresa, Casiano contestó entornando los ojos:

– Gracias. Bastante bien. – Al decir esto cerró por completo los ojos sin preguntar siquiera á la golondrina: ¿Y tú cómo te hallas?; pregunta que exigía la más primitiva cortesía.

La golondrina, después de un instante de silencio y viendo que su interlocutor comenzaba á roncar:

– No duermas, le dijo; Casiano, tengo mucho que hablar contigo, y créeme, que te interesa muchísimo lo que he de decirte. Ya sabes, Casiano, que soy una golondrina.

– ¡Caramba!, contestó Casiano; ya lo veo, y si todo lo que tienes que decirme es tan interesante como eso, más valdría que no me hubieses interrumpido en mi primer sueño.

– Espera, no te impacientes; no solamente soy una golondrina, sino que has de saber que además soy un hada poderosa.

– ¡Oh!, dijo Casiano, que había oído hablar de hadas, cuando su madre le dormía, refiriéndole cuentos meciéndole en su regazo.

– Soy un hada, continuó la golondrina, y cada huevo que pongo dará á aquel que lo posea el poder de realizar un deseo, rompiendo el huevo contra el suelo. He de advertir, sin embargo, que no puedo dar á un protegido más de diez huevos. En este momento tengo ese número precisamente. Tu felicidad es completa, puesto que te ofrezco manera de que realices diez deseos.

Apenas había callado la golondrina, cuando Casiano, desechando su pereza, se puso en pie y dijo:

– Guíame al sitio en que se hallan esos huevos milagrosos.

– No tenemos que alejarnos mucho: allí junto á aquel rosal los tienes; ve y cógeles, tuyos son.

Corrió Casiano en dirección al sitio que le había indicado la golondrina, llegó junto al rosal señalado y halló á sus pies los huevos que habían de realizar sus deseos. Cogió con gran viveza uno de ellos y se dispuso á arrojarlo al suelo.

– Espera, espera Casiano, dijo la golondrina; antes es necesario que desees algo, pues de no hacerlo así estropearás un huevo.

– Es verdad, contestó Casiano; es preciso que yo desee algo, y á la verdad que en este momento nada se me ocurre. ¡Oh, qué desgraciado soy; yo que antes todo lo deseaba, ahora nada deseo!

– Piensa bien, replicó la golondrina.

– Nada, nada. ¿Habráse visto mayor infelicidad? ¡Tener la dicha en la mano, y no saber ni pedirla siquiera!

– ¿Tan muerto está tu deseo?

– Muerto, sí; muerto del todo. Pero ya dí con una idea feliz:

Amiga querida, añadió, ¿qué te parecería si deseara ser general?

– Aprobaría tu deseo: un general es un personaje importante, manda en muchos soldados, todos le respetan y...

Casiano, sin dejar concluir á la golondrina, cogió un huevo y lo arrojó contra una piedra.

Estalló el huevo, y digo estalló, porque al romperse parecía como si disparara una batería de cañones.

Terrible fué aquel ruido y aun se aumentó más.

Era el estampido de muchos cañones, efectivamente.

Casiano, vistiendo uniforme de general, vióse en medio de un ejército que libraba una formidable batalla, las balas pasaban silbando muy cerca de su cabeza.



LA CONSAGRACIÓN DEL FUEGO, cuadro de Guillermo Riefstahl

Acercóse á él un oficial y le dijo:

– Mi general, el enemigo se acerca, nos atacan á la bayoneta; estamos perdidos. ¿Qué ordena V. E.?

Casiano vió muy cerca de sí al enemigo. Aun cuando vestía uniforme de general latía en su pecho un corazón cobarde.

Creyóse muerto, recordó su casa de campo, y creyendo que ya no podría salvarse (tan cerca estaba el enemigo), cogió otro huevo, lo arrojó desde su caballo al suelo y apresuradamente dijo:

– Quiero ser Casiano, no quiero ser general.

En el momento en que prefería este deseo, una bala se llevó el plumero del casco de Casiano.

Creyóse éste muerto, y durante un momento permaneció en la posición en que estaba; pero no oyendo ya ruido alguno, se aventuró á levantar la cabeza y á mirar á su alrededor. Vióse entonces tendido sobre la hierba cerca de su granja, y á su lado vió á la golondrina que le miraba sorprendida.

Hizo Casiano un esfuerzo, se incorporó, enjugó el sudor que corría por su frente, humedeció sus labios secos por el humo de la polvora y sobre todo por el espanto que había pasado, y cuando se hubo tranquilizado, dijo riendo de sus pasados temores:

– ¡Cuán necio he sido! Debí comenzar por el principio. En la tierra los seres más poderosos son los reyes. Casquemos otro huevo, y lo pasado, pasado: quiero ser rey.

En un abrir y cerrar de ojos se verificó la transformación, y Casiano se halló en un suntuoso salón, con un cetro en la mano, una pesada corona de oro sobre sus sienes y colgado de sus hombros un manto de púrpura y armiño.

Para aliviarse del peso de la corona inclinaba la cabeza, y entonces el manto regio le hacía doblarse por los riñones: quería sostener con sus manos el pesado manto, pero las necesitaba para empuñar el cetro, que era un hermoso lingote de oro.

Durante algún tiempo estuvo haciendo pírricos y grandes maravillas de equilibrio para no dar con su real persona en el suelo.

No se hallaba solo Casiano.

El regio salón estaba lleno de cortesanos que pasaban por delante de él haciéndole ceremoniosos saludos, á los cuales tenía el improvisado rey que contestar.

Cada saludo que hacía era un verdadero martirio, pues al inclinar la cabeza, con el peso de la corona, parecíale que se le iba á romper el cuello.

Un siglo le pareció el tiempo que emplearon sus cortesanos en saludarle.

Era día de recepción, y en verdad que no recibió mala broma el rey Casiano.

Con el ejercicio se le despertaron al monarca unas grandísimas ganas de comer, y dirigiéndose al servidor que más cerca tenía, le dijo:

– Ordena que me sirvan inmediatamente el almuerzo.

– S. M. ha olvidado sin duda, le contestó el cortesano, que hoy tiene banquete y que habrá de esperar al cuerpo diplomático.

– Pues si pronto no llega el cuerpo diplomático, pronto caerá desfallecido mi regio cuerpo, pensó el rey; y añadió: pues mientras llegan esos señores, ¿no sería posible que me trajeran algo que comer? Un poco de queso y un pedacito de pan..., cualquier cosa.

– S. M. quiere sin duda chancearse; los ministros esperan á V. M. para celebrar consejo.

Con más hambre que un maestro de escuela de la bendita tierra española, fuése S. M. á presidir el consejo de ministros.

Habláronle allí de mil cosas de las cuales no entendió unas, y las otras le importaban tanto como si á su vecino le hubieran sacado el chaleco corto; cosa que, como es sabido, no importa sino al corregidor de Almagro.

Terminó por fin el consejo y llegó la hora de almorzar.

Dirigíase Casiano al comedor, cuando se le acercó su ministro de la Gobernación, quien todo asustado le dijo:

– Enciérrese S. M. en sus habitaciones, si quiere conservar su preciosa vida.

– ¿Qué ocurre?, preguntó Casiano.

– Acabo de descubrir un complot terrible contra V. M.

– ¿Tú lo has descubierto?

– Yo, sí.

– ¿Y quién eres tú?

– ¡Oh, qué sereno y tranquilo es V. M! En momentos tales, aún tiene ganas de bromas. S. M. me conoce perfectamente, puesto que me eligió para desempeñar el alto puesto que ocupo, aunque indignamente, y no por mis méritos, sino por voluntad de V. M.

– Conque dices que has descubierto un complot. ¿Y qué piden los conjurados?

– La vida de V. M.

– ¡Caramba! Eso es lo único que no puedo darles.

– Treinta conjurados se han reunido esta noche, y han jurado que no escaparéis de su furor. Si el puñal no es bastante, acudirán al veneno; si éste no basta, alojarán una bala en el cerebro de V. M.

– Pues hay que decirles que en mi cerebro no puedo dar alojamiento á nadie, están todas las habitaciones ocupadas, y respecto al puñal y al veneno es preciso convencerles de que si bastan para acabar con mi preciosa vida, no son de mi agrado.

Apurado el rey, pensó en su consejera la golondrina.

Volvió la cabeza y la vió á su lado.

– ¡Ah! mi querida amiga, dijo Casiano, ¿qué piensas de todo esto?

– Pienso, contestó la golondrina, que es muy apurada la situación en que te hallas, á menos que todo eso del complot no sea una invención de tu ministro.

– ¿Y á qué objeto obedecería la invención de semejante fábula?

– ¡Qué inocente eres!, replicó la golondrina: con el objeto de hacerte creer que sus servicios te son necesarios. He conocido muchos ministros de la Gobernación que para sostenerse en su puesto inventaban una conspiración cada quince días y no cesaban de hablar á su monarca de la hidra revolucionaria y de que tenían bien cogidos los hilos de la conspiración.

– ¡Ay! ¡ay! ¡ay!, dijo Casiano: veo que el peor oficio que puede tenerse es el oficio de rey.

A mi granja me vuelvo: ¡allá va otro huevo!

Y al decir esto, arrojó uno contra el suelo y nuevamente se vió convertido en Casiano el labrabor.

Cuando se hubo borrado de su memoria el recuerdo de sus pasadas desdichas, cierto día en que se hallaba al pie de su granja y tendido á la sombra de una higuera, recordó que aún tenía en su poder seis huevos, que podían realizar otros tantos deseos, y que uno solo de ellos bastaría para hacerle completamente feliz, si acertaba á saber qué es lo que le convenía pedir.

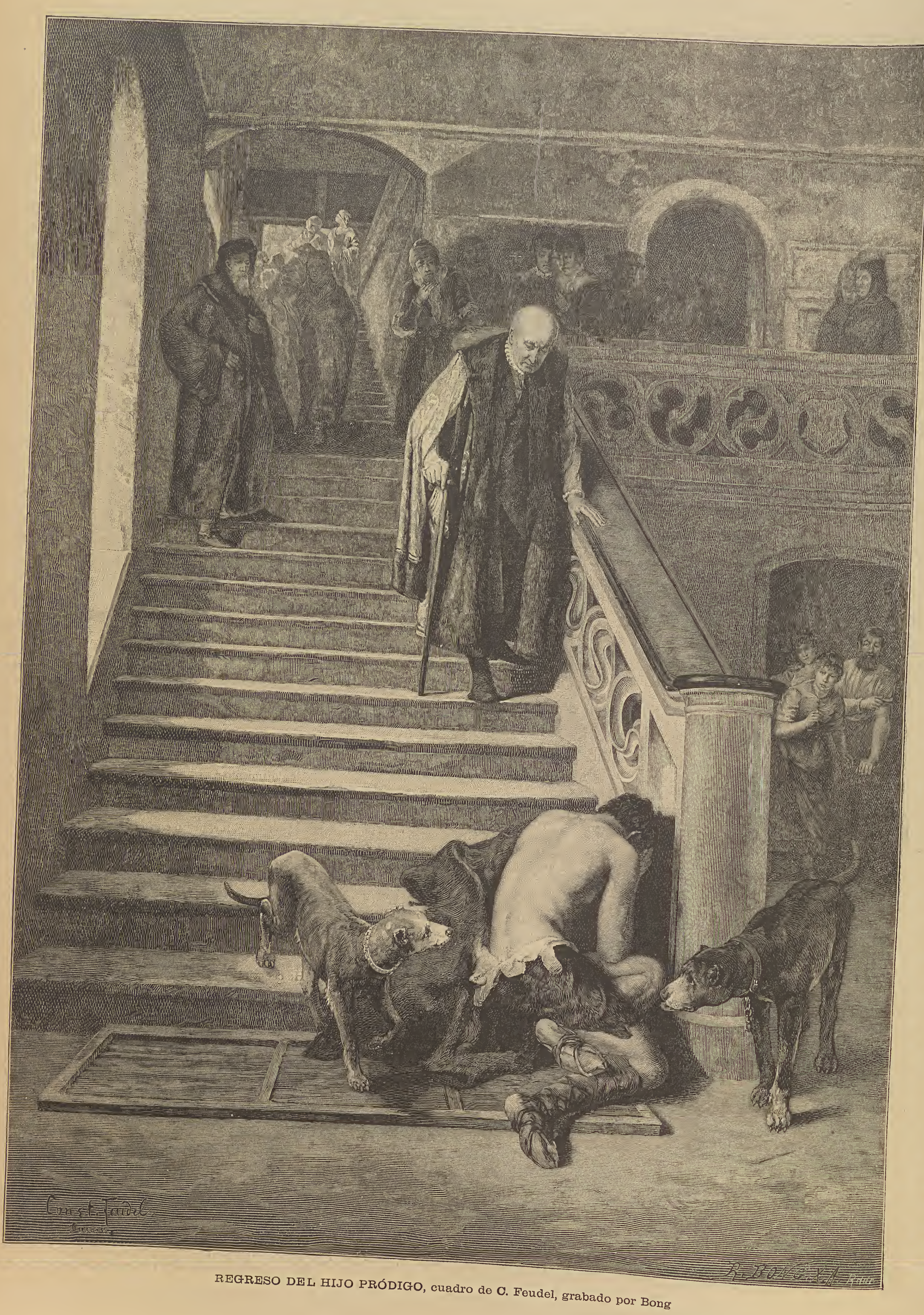
Reflexionó durante algún tiempo, y por fin, dándose una palmada en la frente, exclamó:

– A fe que he sido torpe; sólo el amor suele dar la felicidad; quiero ser hermoso, apuesto, galán, seductor irresistible; quiero ser amado por todas las mujeres.

Convencido de que la realización de este deseo había de procurarle la felicidad ansiada, rompió el décimo huevo.

JUAN ROA

(Concluirá)



REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO, cuadro de C. Feudel, grabado por Bong



LA PRIMERA COMUNIÓN, cuadro de Escipión Vanutelli

LA MÚSICA INSTRUMENTAL

Y LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA

I

¿Qué tienen que ver los instrumentos músicos con los animales, los vegetales y los minerales?......

He ahí la pregunta que, al leer el título con que se encabeza este artículo, se le ocurrirá á gran parte de los lectores en cuyas manos caiga este papel; no se ofendan éstos, pues, si los tacho de algo precipitados al haber formulado semejante juicio, pues si se dignan acompañarme en la excursión que voy á emprender, salir han muy en breve de su ofuscación.

Dejando á un lado la voz humana, instrumento músico por excelencia, vengamos á considerar ahora primeramente, por vía de preliminar, cómo obra el sonido en nuestro sér.

Sabido es que los diferentes nervios de que se compone el cuerpo humano tienen su origen en el cerebro, y que, por lo tanto, el cerebro es el asiento y base de la sensación. Cuando nos lastimamos en alguna parte del cuerpo, los nervios que se relacionan con la parte dolorida vienen á ser como los emisarios que anuncian inmediatamente al cerebro la nueva ocurrida; y tan cierto es ello, que si fuera dable cortar en aquel momento esos nervios conductores, cesaría de repente dicha molestia. Todo concurre á hacer creer que al *movimiento* se debe semejante comunicación; y con efecto, el movimiento excitado por la miel en los nervios del paladar, es el que, transmitido al cerebro, produce en él la sensación de dulzura que es característica á dicho manjar, así como, por el contrario, es el amargor el resultado del acíbar ó de la quina; el movimiento ocasionado en los nervios del olfato por medio de los efluvios de una rosa ó de una flamenquilla, es el que se anuncia en el cerebro con una misión respectivamente grata ó nauseabunda; y, para no cansar al lector, el movimiento comunicado á los nervios ópticos por la acción de los rayos solares despierta en el cerebro la sensación de la luz, en tanto que un movimiento semejante, impelido hacia otros nervios, se traduce en calor en ese maravilloso órgano de la percepción.

No se trata aquí de un movimiento de traslación por parte del nervio, sino de una vibración ó de una especie de temblor de las moléculas ó partículas infinitamente pequeñas de que se compone.

Los diferentes nervios son adecuados á la transmisión de las diversas suertes de movimientos moleculares; así es que los nervios del paladar, por ejemplo, no son aptos para transmitir las vibraciones luminosas, como tampoco lo es el nervio óptico para servir de conductor á las vibraciones sonoras: éstas requieren un nervio especial, llamado *auditivo*, que pasa del cerebro á una de las cavidades del oído, donde se ramifica en multitud de filamentos. Ahora bien: el movimiento impreso á ese nervio auditivo es el que, trasladado al cerebro, se convierte en sonido. Pero á todo esto, ¿cuál es el principio ó la causa generatriz del sonido?...... Eso es lo que pretendemos demostrar.

***

Hase dividido la república de la orquesta en tres grandes distritos, en cada uno de los cuales se hallan acantonados cierto número de instrumentos que forman entre sí una especie de familia; á saber:

Primeramente, el grupo de los *instrumentos de cuerda* (ya sean éstas frotadas, punteadas, ó heridas).

Después, el de los *instrumentos de viento* (ora sean de madera, ora de metal).

Y últimamente, el de los *instrumentos de percusión* (siquiera tengan sonido apreciable, siquiera neutral). Tal es la división que de estas tres grandes familias tiene establecida la ciencia musical.

Pertenecen á la primera, el violín, la guitarra, el piano, etc.

A la segunda, la flauta, la trompa, etc.

Y á la tercera, el timbal, y los platillos, respectivamente, en unión de ese número sin número de objetos que, golpeados, dan por resultado un sonido más ó menos estridente, más ó menos estruendoso, y que, aun cuando sólo produzcan ruido, como el bombo ó la campana chinesca, no por eso dejan de ser computados en el número de los *instrumentos de percusión*, siquiera sólo caiga bajo la jurisdicción de la Música el sonido, y en manera alguna el ruido. Y he aquí ya cómo los *tres reinos de la Naturaleza* concurren *pro rata* á la formación del sonido, engendrando respectivamente las tres diversas clases de *cuerpos sonoros*, y dedúzcase luego, en lógica consecuencia, existir más analogía de lo que á primera vista parece, entre la *música instrumental* y los *tres reinos de la Naturaleza*, animal, vegetal y mineral.

Es lástima que, al establecer la ciencia esa triple categoría de instrumentos, no haya parado mientes más que en el modo de tocarlos: colocándose, por ende, en el punto de vista estrecho del ejecutante, siquiera maestro, siquiera aficionado, y sí hecho caso omiso de consideraciones más elevadas, por lo científicas. Con razón se lamenta de semejante descuido Mr. Albert de Lasalle, cuando exclama á este propósito: «¡Cuánto más racional no sería darse cuenta de la materia empleada por el artífice, esto es, del cuerpo sonoro mismo; estudiar su procedencia, su constitución molecular, su valor acústico, y luego, dada esa base positiva, erigir un sistema de categorías instrumentales que respondiese de un modo más satisfactorio á las exigencias! ¿Qué nos importa, en efecto, el procedimiento empleado por el ejecutante para hacer que suene la trompeta ó el violín? El sonido obtenido es lo que nos cumple considerar en su esencia, y luego analizar el modo con que obra en nuestro interior al poner nuestros órganos en comunicación con la materia vibrante que lo produce.»

Sería proceder en infinito el acumular aquí todos los agentes que concurren más ó menos directamente á la formación y propagación del sonido; pero, como algo tenemos que decir acerca del particular, contentarémonos con apuntar los siguientes, siguiendo el orden de la clasificación preestablecida, si bien observando tal vez cómo en más de una ocasión se aunan dichos heterogéneos elementos en un mismo supuesto.

Y volviendo á la primera categoría, fijémonos en el violín. Sus cuerdas, puestas en tensión, deben su origen á las tripas ó intestinos de algún carnero, cabra, ó gato; el arco con que se tocan lo forman una gran porción de cerdas sustraídas á la cola del caballo. Pero esas cerdas no harían la debida insistencia sobre aquellas cuerdas, si una materia resinosa, y por lo tanto vegetal, llamada *colofonia*, no les saliere al encuentro para prestarles su ayuda, así como tampoco se obtendría la debida resonancia sin la intervención de la caja armónica, hecha de una ú otra madera.

Si paramos mientes ahora en la guitarra, advertiremos que algunas de sus cuerdas son entorchadas, esto es, compuestas de hebras de seda y retorcidas de finísimo alambre; ó sea, que la causa generadora del sonido en esta ocasión se debe al reino vegetal y al mineral, así como al animal en el resto de las cuerdas que, como las del violín, son hechas de tripas.

Pues vengamos á considerar la flauta. De ellas las hay hechas de madera, v. g., de boj, de granadillo, ébano, etc., y ya de plata, de cristal, ú otras materias.

En cuanto á los instrumentos de percusión, á los tres reinos naturales deben diferentemente su respectivo sér, como el tambor á la piel de la vaca ó del caballo, la carraca á la madera, y el triángulo al acero.

Existe un instrumento que, por su grandiosidad, por el volumen y diversidad de sus sonidos, y por el objeto á que preferentemente se halla destinado, asume el dictado antonomástico de *rey de los instrumentos*: este es el *órgano*. Su teclado lo constituyen la madera y el marfil; sus caños, que el vulgo bautiza indiferentemente con las denominaciones de *cañones, trompetas, flautas* y *pitos*, son, ya de madera, ya de metal; esto es, del producto de la combinación del plomo con el estaño en partes proporcionales, y para que el reino animal tenga en él una parte bastante activa, no hay más que decir cómo suena impulsado por uno ó más fuelles, los cuales, como es sabido, se componen de unas tablas delgadas, llamadas *costillas*, que se unen entre sí, para formar el *abanico*, por medio de la piel de que fué tributaria la gacela.

Hoy por hoy, el piano es, igualmente que el órgano, deudor á dichos tres reinos; su primer ascendiente, ó séase el *clave*, también lo fué; pero con la particularidad de que otro animal, y no cuadrúpedo, por cierto, sino perteneciente á la región del aire, pagaba, aun en vida, contribución á su naturaleza: hablo de las plumas con que se herían sus cuerdas de alambre, que por lo regular pertenecían á la familia corbina.

Pero basta ya de consideraciones de este género; pues, como queda sentado arriba, sería proceder en infinito el pretender agotar la materia que nos ocupa, y pongamos ya fin á nuestra tarea con la exposición del antes citado escritor Mr. Lasalle; exposición que podríamos llamar fisiológica, y de la que disentimos en algún que otro punto que oportunamente haremos notar. Dice así, refiriéndose á los tres órdenes ó jerarquías que acabamos de contemplar:

«El primer grupo es, en efecto, el de los instrumentos superiores; de aquellos, como se suele decir, *que hablan al alma*, y parecen estar dotados de una vida animal. El violín, la viola y el violoncelo, especialmente, se injertan en el instrumentista que los estimula, llegan á hacerse parte integrante del mismo, y obedecen á los más íntimos impulsos de su pensamiento.

»Vienen después, en orden secundario, los instrumentos de madera, primeros que se inventaron, y cuya historia se remonta al tiempo de los pueblos pastores, conservando de su rústico origen cierta invencible propensión á la égloga. Cantan naturalmente la tranquilidad de los bosques, la melancolía de la caída de una tarde de otoño, y en general los esplendores de esa naturaleza extrapoética que Teócrito y Virgilio poblaron con sus pastores, verdaderos recursos, en último resultado, de un paisajista. A mayor abundamiento, ¿quién no diría que los sonidos que exhalan esas notas tan llenas, tan claras, y, sin embargo, de timbre tan agradable, evocan la idea de verde por influjo de simpática analogía? A pesar de todo, su potencia expresiva es inferior á la de los instrumentos de la primera serie, por cuanto no se contemplan enaltecidos al igual de esa voz conmovedora y flexible, amorosa y dócil, que descubre en ocasiones acentos casi humanos.

»Podemos, pues, sacar en conclusión, sin aventurar demasiado, que los instrumentos animales y vegetales, como hechos de sustancias orgánicas, salen de su adormecimiento bajo la impulsión del sujeto hábil que los maneja, y, por decirlo así, *dan señales de vida* en virtud de un galvanismo especial. Por otra parte, ¿quién podría asegurar que ese pedazo de haya transformado en oboe, ó ese intestino de gato convertido en prima, han muerto completamente? Cierto que han sido arrancados de su centro de acción natural, y no podemos menos de convenir en que parte de sus propiedades ha tenido que perecer de resultas de tan súbita mudanza; pero la descomposición, prueba inequívoca de la muerte, no les ha alcanzado, y su constitución molecular sigue siendo la misma.

»En la ejecución de los instrumentos de arco hay que considerar además la producción de un fenómeno físico bastante notable, y que (al menos en este caso particular) ha pasado inadvertido hasta el día de hoy, cual es el no habérsele ocurrido á nadie preguntar si la colofonia con que se unta el arco obra ó no sobre las cuerdas de una manera muy eficaz y mediante otro conducto que por el de la adherencia.

»Es la colofonia una mixtura de base resinosa; ahora bien: es cosa demostrada que la resina que se somete á una fricción desprende electricidad. Hágase, si no, el experimento poniendo en una mesa unos cuantos flequillos de papel; tómese luego una barra de lacre común, frótese unas quince veces contra un pedazo de tela (si es de lana, mejor), acérquese luego á las tirillas de papel, y se verá cómo empiezan por agitarse, hasta acabar por precipitarse sobre la barra, cual si fueran atraídas por un pedazo de piedra imán.

»El punto de contacto del arco y de la cuerda es, pues, un foco eléctrico que estimula al instrumento por completo, y puede muy bien comunicarle una chispa de vida que opere en él el milagro de una resurrección parcial.

»Corresponden al tercer grupo los instrumentos de materia inanimada, tal como el cobre, el latón, el acero... Excepto algunas notas de la trompa, poseen acentos salvajes que á veces rayan en brutalidad. Su energía declina fácilmente en cólera, aplicando nosotros esta palabra á las cosas que tienen por nombre *huracán, cataclismo, caos*, dado que nada humano vibra en ellos. Hasta el piano mismo pertenece á esta categoría inferior, puesto que es de metal; y si llega á disimular su humilde origen, es debido á un mecanismo auxiliar que le permite dejar oir varias notas á la vez, alucinando de ese modo mediante el prestigio de la armonía. Pero despójesele de esa prenda meramente ocasional, trátese de sacar de él una simple melodía destituída de acompañamiento, como si se tratara, v. g., de un cornetín de pistón, y entonces se verá hasta dónde alcanza su impotencia y su inercia.

»En resumen, nuestra teoría de la clasificación de los instrumentos músicos se basa por completo en este enunciado: el poder expresivo de un instrumento se halla en razón directa de la superioridad del reino de la naturaleza, á que debe su sustancia.»

Como quiera que pretendemos ver algunos supuestos erróneos, y, por ende, consecuencias falsas, en la teoría acabada de transcribir, vamos á apuntar á continuación los reparos que nos ocurren acerca del particular.

Pero esto, para ser tratado con la debida extensión, requiere artículo aparte.

José María Sbarbi

LA CUESTIÓN DE LAS MISIONES

Y EL TRATADO DE MONTEVIDEO

Mientras llega el día venturoso, pero quizás lejano todavía, en que Europa se convenza de que las armas de repetición y las pólvoras sin humo no son los elementos más á propósito para asegurar la paz y la felicidad de los pueblos, América trabaja para establecer en su continente una paz cierta y duradera, oponiendo al *Si vis pacem para bellum*, que aún nos esclaviza, la máxima algo más exacta del *Si vis pacem para pacem*.

El tratado de las Misiones, firmado el día 25 de enero del corriente año en la ciudad de Montevideo entre el Brasil y la República Argentina, constituye indudablemente uno de los hechos que más habrán contribuído á coronar la obra pacífica del Nuevo mundo. Este acontecimiento, que ha pasado inadvertido ó poco menos entre nosotros, será una página de oro en los fastos, no sólo de la historia, sino también de la civilización; pues habrá estrechado las relaciones de amistad entre dos países, destruyendo la causa que, un día ú otro, había de ponerles necesariamente frente á frente con las armas en la mano.

Tanto interés encierra este asunto, que quisiéramos reproducir la historia de las muchas fases y peripecias, á menudo sangrientas, por que ha tenido que pasar ese maravilloso territorio de las Misiones, en donde los jesuítas, antes de su expulsión, fundaron la primera república – esta es la verdadera palabra – que surgió en el continente su-damericano.

Llamados en 1580 á catequizar á los indios que poblaban ese territorio, los Padres de la Compañía de Jesús supieron establecer en esa región un gobierno verdaderamente patriarcal. Las mujeres ocupábanse exclusivamente en hilar y tejer las telas de algodón que debían servir para sus trajes; los demás oficios eran ejercidos por los hombres, y los productos del trabajo común eran encerrados en un almacén general y distribuídos á los miembros de la comunidad en proporción á sus necesidades. Los ancianos, las viudas y los huérfanos eran alimentados y cuidados como el resto de la población. En una palabra, reinaba allí en todo y para todos la igualdad más absoluta. ¿No era este un gobierno capaz de dar envidia á los comunistas y socialistas de nuestros días?

Este sistema de gobierno dió á los jesuítas una omnipotencia que había de serles fatal. En 1620, los *mamelucos* portugueses, atraídos por el cebo de la ganancia, sa-



El doctor E. Ceballos, ministro de Negocios extranjeros de la República Argentina

quearon las Misiones, durando esta guerra de rapiña hasta 1642, fecha en que los jesuítas obtuvieron del gabinete de Madrid autorización para armar á sus neófitos á fin de poder rechazar aquellas incursiones. Puede afirmarse que de entonces data la creación de los primeros batallones escolares, puesto que los hijos de los indios eran instruídos por los Padres en el manejo de las armas de fuego.

El resultado de esta educación militar que las circunstancias imponían fué que los jesuítas pudieron rechazar á los mamelucos y trabajar en pro del desenvolvimiento de su colonia.

Portugal y España, espantados ante los progresos prodigiosos que con su sistema de gobierno conseguían los Padres de la Compañía, y temerosos de que la influencia de éstos se extendiera á otras regiones, se aliaron y destruyeron, no sin tener que vencer grandes dificultades, el país de las Misiones, conseguido lo cual firmaron en 1750 un tratado de límites.

Por desgracia, una equivocada fijación de fronteras fué causa de una serie de reclamaciones recíprocas, que pusieron más de una vez en peligro las buenas relaciones entre España y Portugal, siendo inútiles cuantas negociaciones se entablaron para llegar á una inteligencia, ni siquiera cuando el Brasil y la Argentina se convirtieron en naciones independientes.

Al presente, aun cuando el tratado no sea más que provisional, ya que para producir todos sus efectos necesita la sanción de las futuras Cámaras brasileñas, puede decirse que todo temor de conflicto entre el Brasil y la Argentina ha desaparecido por completo. A la amabilidad de D. Pedro S. Lamas, el conocido economista y director de la *Revista Sud-Americana*, debemos el poder reproducir los retratos de los plenipotenciarios, cuyos nombres son, comenzando por la izquierda: el teniente coronel Rohde; el coronel Cerqueira, jefe de la comisión brasileña; el coronel Garmendía, jefe de la comisión argentina; el mayor Belarmino Mendoza; don Enrique B. Moreno, ministro argentino en el Brasil; Quintín Bocayuva, ministro de negocios extranjeros del Brasil; el teniente Adolfo Penha, del ejército brasileño; el doctor D. Estanislao S. Ceballos; don Ricardo J. Pardo, secretario, y el barón de Alencar, ministro del Brasil en la República Argentina.

Entre los hombres cuyo nombre va unido á este gran acontecimiento sud-americano, merece especial mención el Dr. Estanislao Ceballos, ministro de Negocios extranjeros de la República Argentina que, á pesar de su juventud, está dotado de la madurez de juicio, del tacto y de la penetración que por regla general sólo son patrimonio de los hombres aleccionados por los años y por las enseñanzas del tiempo. A la vez periodista, abogado, militar, literato é historiador, ha sabido poner, con habilidad suma, todas las energías de su inteligencia al servicio de su patria. No es fácil tarea la del hombre de Estado en los países jóvenes como la República Argentina, en donde para merecer ese nombre es condición indispensable la multiplicidad de talentos, porque hay que tratar asuntos financieros, económicos, industriales y militares que pueden presentarse de improviso por el hecho mismo del modo de desenvolverse las fuerzas vivas de la colectividad.

Al buscar y dar solución á un conflicto que, de un siglo á esta parte, amenazaba el porvenir de dos inmensas regiones, los dos ministros de la República Argentina y del Brasil, el Dr. Ceballos y Quintín Bocayuva, habrán realizado una de las obras que más honrarán á la historia de América, pues habrán asegurado á este vasto y rico continente la paz y, por consiguiente, la grandeza y la prosperidad.

JORGE GUILAINE

SALÓN DE PARIS DE 1890

LOS PINTORES EXTRANJEROS EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

AUSTRIA HUNGRÍA. – MUNKACSY ocupa en esta sección el primer puesto con su *Plafón para el Museo de la Historia del Arte, de Viena*, hermosa alegoría del Renacimiento italiano. A pesar de no estar colocado como debiera, pueden apreciarse en este lienzo colosal la habilidad con que están compuestos los grupos y la agradable tonalidad del conjunto, en gracia á las cuales el público y los críticos perdonan algunos defectos y admiran esa obra de un gran maestro. Su *Retrato de Mme. B....* es, en otro género, una obra interesantísima. DEUTSCH (Luis) ha destruído por completo su efecto de sol en *La Universidad del Cairo*, poniendo el mismo tono y el mismo valor en todos los turbantes blancos de los estudiantes, y FERRARI ha pintado á la manera de Gerome una *Visita del Gran jeque* á dicha Universidad.

ALEMANIA. – Entre los pocos alemanes que han concurrido al Salón, sólo merece mencionarse CORINTH, cuyo cuadro *Pietá* es comparable por su atrevimiento con el del mismo nombre que, firmado por Montegna, existe en el Museo de Milán.

ESPAÑA. – CHECA marcha al frente de los pintores españoles: su *Carrera de carros en Roma* es uno de los lienzos que más atraen desde el punto de vista del movimiento. Delante de la «Spina,» sitio de honor en donde se agrupan los dignatarios de Roma, con el carro que iba á triunfar, las piernas de los caballos se agitan en el aire en revuelta confusión; la segunda cuadriga corre desaforadamente y la tercera está á punto de volcar: hay en este cuadro todo el vigor de una lucha palpitante. Como toque, como distribución de luz y como ciencia de composición ofrece esta obra gran interés. *¡Tunantes!* – gatitos jugando con fósforos – y *Fuera de juego* demuestran en A. SEIQUER excepcionales cualidades de observación y verdadera amplitud de toques. *En el taller*, de ALONSO DE PARYS, es una escena íntima que atrae, sobre todo por un efecto de luz perfectamente tratado. *El contrato de esponsales en el siglo XVIII*, de J. A. GONZÁLEZ y la *Procesión de penitentes españoles*, de MÉLIDA, son algo convencionales.

GRECIA. – *La plegaria antes de la comunión*, de KALLI, es casi lo único notable en esta sección. En este artista, que á la corrección del dibujo junta una simpática nota personal, se adivina el deseo sincero de traducir en toda su verdad é interés los restos de las tradiciones que se conservan en las costumbres de su patria.

PORTUGAL. – SOUZA PINTO y SALGADO se inspiran en los cuadros expuestos, en lo que observan en Francia sin preocuparse de su país de origen.

ITALIA. – RICCI se destaca entre sus paisanos por una factura enteramente moderna. Dejando á Gazzoti Lotus los viejos fondos de las antigüedades, las mujeres desnudas bailando entre pámpanos y pieles de tigre, observa directamente la naturaleza y traduce impresiones exactas, aunque con cierto descuido en la forma, en su *Postulante* y *Retratd*. GRENIER MAULINS muestra iguales tendencias modernistas, y la señorita ROMANI, discípula de Henner, imita concienzudamente á su profesor: *Herodiada* y *Juventud* poseen todas las cualidades de las obras del maestro, menos los errores de dibujo; la primera, sobre todo, ofrece muchas bellezas en el modelado y en la coloración.

ESTADOS UNIDOS. – Los americanos resuelven con facilidad sorprendente los más arduos problemas de luz. El *Ausente*, de MAC EWEN produce la impresión clara y precisa de una aparición sin los artificios de claro-obscuro de que tanto abusaron los clásicos. – Merecen ser citados *Arrestado*, de DUMOND, y *Detrás del dique, una mañana en Holanda*, de BISBING; *En el claro del bosque*, de SHONBORN; *Después de la lluvia*, de GROOS; *Camino de los pastos*, de TRUESDEL y *Extraviados*, de HOWE. No menos talento demuestran los artistas de los Estados Unidos en los estudios de interior. IROING COUSE, entre otros, llega á una intensidad de emoción irresistible con su *Mi primogénito*, sentida escena que representa á una joven madre transida de dolor ante el cadáver de su primer hijo; en *Tarde de verano* hay un delicioso efecto de colorido. Son dignos también de especial elogio las escenas japonesas de WORES; un retrato de VONNOH, el *Retrato de Félix Barrias*, de la señorita V. SINGER; *Vistiéndose para asistir á la romería*, de AMSDEN, y *Una viuda*, de PEARCE. V. Stewart, que domina poco la ciencia de la luz, sabe presentar, en cambio, de una manera notable la gracia de las actitudes y la elegancia de los trajes de la mujer moderna. WHISTLER prosigue estudiando las tonalidades obscuras. ROLSHAVEN obtiene un legítimo triunfo con su *Matinée en el taller*.

CANADÁ. – FORD expone su propio retrato en traje de taller y PEEL un cuadro titulado *Después del baño*: en el primero, la figura del pintor con su blusa azul se destaca admirablemente sobre un fondo blanco; en el segundo, los dos niños secándose delante de una chimenea son una obra maestra.

BÉLGICA. – Julio VAN BIESBROECK, autor del grandioso cuadro *La botadura del Argos*, parece llamado á ocupar un puesto importante entre los más distinguidos artistas belgas. El puesto de honor corresponde sin disputa á VAN HOVE por sus retratos de *Van Maerland* y de *M. R.*, ambos ejecutados con la maestría de los antiguos pintores flamencos, y á VAN BEERS que ha pintado á su modelo con la finura que le es habitual.

En el *Estanque de la Hulpe, en Brabante*, ha reunido WYTSMAN para recreo de los ojos toda la escala de los tonos claros. *Las rocas de Nameche*, de VERHEYDEN, es un paisaje que no carece de interés; VAN DER BOORS con su cuadro *El Heredero* obtiene un éxito legítimo.

De los demás artistas belgas debemos citar á VELGE, MERTENS, HERBO y RICHER.

RUSIA. – Sólo merece citarse la *Marina*, de GRITSENKO, y sobre todo su *Barco*. RICHARD, nacido en Finlandia, toma sus asuntos de la vida francesa. – Polonia está bien representada por la señorita BILIUSKA, que ha retratado al escultor G. B.



LA COMISIÓN ARGENTINO-BRASILEÑA QUE HA CONVENIDO EL TRATADO DE MONTEVIDEO RELATIVO AL TERRITORIO DE LAS MISIONES

NORUEGA. – NORMANN envía, como de costumbre, una marina. GRIMELUND expone dos bellos cuadros, *Mañana de estío* y *Costa de Suecia*. *La comida*, de WENTZEL, es una interesante escena de color.

SUECIA. – Al frente de los pintores suecos marcha GRAF con *Una tarde* llena de sentimiento: el pastorcito, los pequeños carneros y el fuego no están más que bosquejados, y sin embargo encantan á cuantos los ven.

INGLATERRA. – Los ingleses ocupan en el Salón un lugar ínfimo. GUTHRIE ha enviado desde Escocia un retrato de mujer. Los otros cuadros de esta sección están firmados por artistas ingleses residentes en París, tales como SANG, LIEBERT y BELLEROCHE.

HOLANDA. – Los holandeses conservan la supremacía en lo que toca á escenas íntimas, y de ello es buena prueba *El niño enfermo* de BORCH REITZ.

EN LA FERIA DEL «PAIN D' EPICE», PARÍS. - Dibujo de Vogel

LA LONGEVIDAD HUMANA

LOS CENTENARIOS

Entre los más interesantes ejemplos de longevidad humana, bien merecen un lugar distinguido los dos que reproducimos, de Francia el uno y de América el otro.

Mr. Ed. Lamaury, fotógrafo de Gisors, ha retratado á una habitante de su localidad que, á pesar de sus 102 años, se mantiene perfectamente, como puede verse por la fotografía reproducida en nuestro grabado. Llámase la viuda Nourry; nació en 20 de febrero de 1788, y por consiguiente ha entrado, desde 20 de febrero último, en el centésimo tercero año de su existencia; antiguamente era arrendataria y vendedora de quesos, y no hace cuatro años que todavía iba al mercado de Gisors á vender los productos de su hacienda. Desde entonces vive de las rentas del capital que á fuerza de una larga vida de trabajo y de economía logró acumular. Tiene nietos establecidos muy lejos del punto en que ella reside: actualmente habita en Etrepagny (Eure) y en clase de huéspeda en casa de un cordelero llamado Mr. Dublin. Mme. Nourry no permite que nadie más que ella arregle su habitación, tiene excelente vista y para nada necesita anteojos. Cuando cumplió ciento uno y ciento dos años, el Ayuntamiento de Etrepagny, acompañado de la Sociedad musical, le dió dos alboradas, con motivo de las cuales se le regalaron ramos de flores y se bailó en la plaza, tomando parte en el baile la simpática centenaria. Tiene un carácter bondadoso y los años no han alterado su buen humor; conserva toda su memoria y toda su lucidez de espíritu. Cuando el fotógrafo de Gisors le dijo que deseaba retratarla para publicar la fotografía en un periódico, le contestó Mme. Nourry: «Mi belleza ha desaparecido ya; pero puesto que por mí os habéis molestado, no tengo inconveniente en dejarme retratar.»

El segundo ejemplo de longevidad que vamos á mencionar, tomándolo del *Pacific Rural Press*, de San Francisco, es mucho más extraordinario que el anterior, pues se trata de un indio californiano fallecido el día 10 de marzo del presente año en Monterrey que, al decir de sus convecinos, había cumplido ciento cincuenta y un años y á quien se conocía con el nombre de *Old* Gabriel, el viejo Gabriel. Su origen y la historia de su vida conócelos el Padre Sorrentini, que habita en aquel país desde hace cuarenta años y que ha sido siempre amigo del anciano indio. Gabriel nació, según se cree, en el condado de Tulare, en donde, en otro tiempo, había tal vez ejercido el cargo de caudillo: asistió á un acontecimiento histórico de gran importancia, al desembarque de Junípero Serra, verificado hace ciento veinte años, y ya en aquella época Gabriel era abuelo. Se supone que entonces tenía treinta y dos años, y que la fecha de su nacimiento se remontaría, por consiguiente, al año 1739.

El viejo Gabriel tenía un hijo llamado Zachariah, que después de haber visto morir sucesivamente á sus cuatro esposas, falleció hace algunos años, en González, á la edad de ciento catorce años.

Es imposible fijar exactamente los límites de la vida humana. Varios casos análogos al del viejo Gabriel se han referido; pero es de creer que la edad en que éste murió sea el límite extremo de la longevidad, como pretendía Flourens.

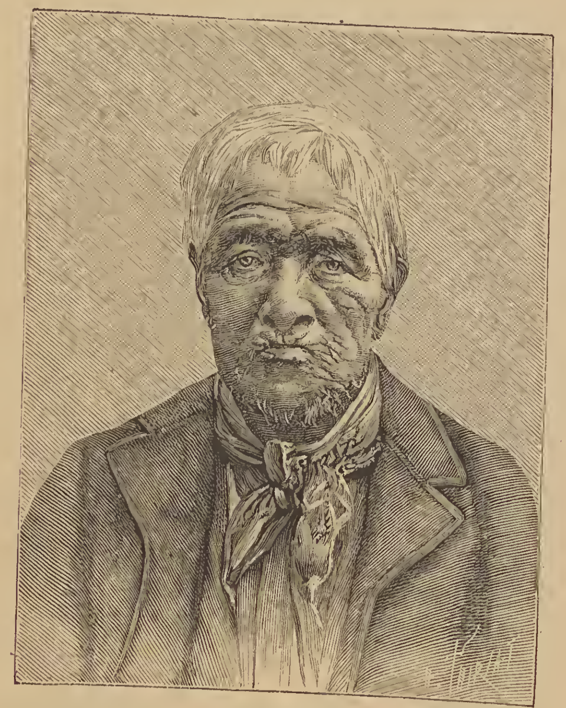
Puesto que de longevidad tratamos, completaremos este artículo, que tomamos de la importante revista francesa *La Nature*, con algunos curiosos datos entresacados del censo general de la población de Chile formado en 1885.

Existían en esa fecha en los territorios de la República chilena 484 individuos (211 hombres y 273 mujeres) cuya edad pasaba de cien años. Entre ellos había 69 de 105 años, 91 de 110, 25 de 115, 28 de 120, 2 de 121, 2 de 122, 1 de 123, 7 de 125, 1 de 127, 1 de 130, 1 de 132, 3 de 135, 1 de 138 y 1 de 150. Este último se llamaba, ó quizás se llama todavía, Rafael Muñoz, y nació en la provincia de Curicó.

Las provincias chilenas que poseían mayor número de centenarios eran: Santiago (78), Arauco (41), Valparaíso (38), Concepción (36), Ñuble (35), Talca (33), el territorio de Angol (29), Colchagua (26) y Curicó (23): la única provincia en donde no los había era el territorio de Magallanes.

De estos 484 centenarios, 34 eran solteros (11 hombres y 23 mujeres), 83 casados (53 hombres y 30 mujeres), y 367 viudos (147 hombres y 220 mujeres).

(De *La Nature*)



Retrato de un indio de California, fallecido en 10 de marzo de 1890 á la edad de 151 años, según se cree. (De una fotografía.)



Retrato de la Sra. viuda de Nourry, de 102 años de edad. (De una fotografía.)